no 17

Lo q.e sucede un Empleo

6 r.

LO QUE PUEDE UN EMPLEO!

Comedia en dos actos,

en prosa,

POR

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Representada en el teatro de Cádiz el dia 5 de julio de 1812.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:

IMPRENTA QUE FUÉ DE GARCÍA.

AÑO DE 1814.

ADVERTENCIA.

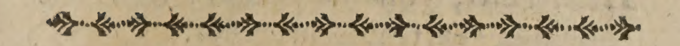
El vivo deseo de presentar en el teatro á cierta clase de hipócritas políticos, que só color de religion se oponen entre nosotros á las benéficas reformas, me estimuló á emprender, como un mero pasatiempo, la composicion de esta comedia. Primer ensayo mio en tan dificil ramo, proyectada y concluida en el corto espacio de una semana, y sin haber recibido ni correccion ni lima, no puedo lisongearme de que tenga ningun mérito literario; pero habiendo merecido en el teatro unos aplausos, muy superiores á los que jamas pude prometerme; y habiendo hecho reir á costa de los que, por ignorancia ó por malicia, intentan desacreditar las nuevas instituciones, me he decidido á imprimirla, deseando contribuir de todos modos á que el público conozca á los enemigos de nuestra libertad.

PERSONAS.

Doña Carlota.
Don Teodoro.
Don Luis.
Don Fabian.
Don Meliton.
Juan.

La escena, una sala de una posada de Alicante, con puertas á varias habitaciones, entre ellas una de D. Fabian y otra de D. Luis.

ACTO PRIMERO.



SCENA I.

Don Teodoro.--Doña Carlota.

Teod. ¿Y así te vas, Carlota mia?... ¿Sin decirme nada?... ¿Ni una palabra, ni una mirada de amor?

Carl. Dexa, déxame, y no aumentes mi pena.

Ted. Pero, ¿de donde puede provenir mudanza tan repentina? ¿En qué ha podido ofenderte quien te ama mas que á su corazon?

Carl. ¡Amarme!... ¡Ah! yo lo creia, y era feliz; pero al cabo, me he desengañado, no sé si por mi fortuna ó mi desgracia.

Teod. ¡No te amo!

Carl. No, no me amas; te lo repetiré mil veces. Quien no modera, en mi obsequio, la viveza de su carácter; quien por frívolas disputas ha exasperado á mi buen padre, hasta el punto de perder su concepto, de que me prohiba todo trato contigo, y hasta la espe-

ranza de ser tuya algun dia...

Teod. Pero, ¿qué ha pasado? Aclárame de una vez tantos misterios.

Carl. Nada, nada: anoche, despues de irte en medio de la acalorada disputa sobre esas malditas ideas liberales, que os han trastornado la cabeza, quedó mi padre suspenso por gran rato, con un semblante tan colérico, qual no le he visto nunca. Yo estaba á alguna distancia sin atreverme á hablarle una palabra, ni á levantar los ojos para mirarlo. De pronto se pone en pie, y con una voz terrible y amenazadora: "hija, me dice, todo se acabó: no hay que pensar mas en boda con Teodoro, si no quieres quitarme la vida; yo le creia un jóven juicioso y moderado, capaz de hacerte feliz; pero ya has visto: sus ideas son las peores del mundo; el trato con esos locos de liberales le ha quitado el juicio, y se ha vuelto un revolucionario, un jacobino"... ¿Qué se yo?... Así... dixo una porcion de nombres, todos malos... todos malos...

Teod. ¡Inocente!

Carl. Yo creí que se serenaría, y le hallaria por la mañana vuelto á su natural afabilidad y buen carácter; pero

nada de eso; esta mañana se levantó mas colerico y enfadado que anoche; me repitió el sermon en términos mas agrios, y muy agenos del amor que me profesa. »No quiero (me dixo) ni aun estar baxo el mismo techo que ese revoltoso afilosofado; ahora mismo voy á buscar otro cuarto, y á mudarme aunque sea á la peor posada de Alicante; y ya que he despachado mis negocios, al primer viento nos vamos á Cádiz, en diferente buque.... No quiero ir ya con ese loco y el iluso de su padre; para siempre acabamos, para siempre"...

Teod. ¿Y esa es la causa de tu esquivez y enojo para conmigo?

Carl. ¿Y te parece corta?... Cuando, despues de haber perdido la mayor parte de nuestros bienes y de abandonar nuestra casa, por no sometoros á esos feroces enemigos, prófuga con mi padre, no tenia mas consuelo que ir en tu compañia, partir contigo todos mis peligros, los riesgos y penalidades de la navegacion,.... y al fin, tener el gusto de llamarme tuya... entonces, entonces te empeñas en atormentarme, en hacerte aborrecible á los ojos de mi

padre, en causar nuestra separacion, y quizá para siempre!...

Teod. ¿Con que te mudarás á otra posada?

Carl. Si mi padre me lleva...

Teod. ¿Y te embarcarás en otro buque?

Carl. Si asi me lo mandan...

Teod. Ya se vé: llegarás á Cádiz probablemente antes que yo... allí habrá tanto jóven, tanto oficialito...

Carl. ¡Ah! ¡eso no!... mi padre mandará en mi persona, en mi vida; mas no en mi corazon; ese es siempre tuyo.

Teod. ¡Carlota de mi alma! (1) Guarda tu amor y tu constancia, que el enojo de tu padre pasará bien presto; es naturalmente bondadoso, y sus defectos nunca nacen de su corazon, sino de los errores de su educacion, de las malas ideas que le han imbuido...

Carl. Es verdad¡; mi padre es la bondad misma; pero al mismo tiempo, en llegando á tomar una resolucion, es tan constante en ella! Le ha hecho creer don Meliton, que esas ideas liberales traen revuelta á España, y van á arruinar nuestra religion santa... Ya se vé;

(1) *Estrechándole la mano.*

mi padre con su sencillez cree todo lo que el otro le dice; y como lo juzga tan sábio; y por otra parte, tú te acaloras en las disputas...

Teod. Pero, ¿quién ha de tener paciencia, al ver á ese egoista abusar de la credulidad de tu padre, pagarle la hospitalidad y tantos beneficios con llenarle la cabeza de preocupaciones, hasta el punto de hacerle risible para con las gentes sensatas?... En fin, ya estoy resuelto; es menester tomar un partido y quitarle las ganas á ese hipócrita...

Carl. ¿Qué piensas? Dímelo; no me ocultes nada.

Teod. ¡No causará mas disgustos á la persona que mas amo!

Carl. ¡Qué airado te pones! Por tu amor, no me ocultes nada... Mas ¡ay de mi!... alguien viene... mi padre...

SCENA II.

Dichos.--Don Fabian.

Fab. ¿Con que ello, no ha de haber forma de que haga usted lo que su padre le manda? Será menester tomar otras medidas...

Teod. Señor una casualidad...

Fab. Con usted no vá nada, señor mio; yo reprehendo á mi hija, porque soy su padre, y tengo el derecho de hacerlo.

Teod. Por si yo era la causa...

Fab. La causa á usted no le importa: ¿entra tambien en las ideas liberales, despues de revolver el mundo, revolver las casas de los hombres de bien, y hacer á las hijas inobedientes?

Teod. Me parece que no merezco ser insultado...

Fab. ¿Qué espera usted? (1)

Carl. Como estaba usted aquí...

Fab. Como estaba aquí (2) este caballero.. Pronto, á su cuarto.

SCENA III.

Don Fabian.--Don Teodoro.

Fab. En fin, señor mio, es tiempo de hablar claro; ya puede usted olvidarse de que ha conocido á mi hija y á mí;

---

(1) *A su hija.*
(2) *Imitando su voz con cólera.*

y en no viéndonos ni oyéndonos, tan buenos amigos; cada alma en su palma... ¿Está usted?

Teod. ¿Y se podrá saber la causa de una mudanza tan repentina, despues de la palabra que dió usted á mi padre?

Fab. Su padre de usted la sabrá ahora mismo, y usted tambien: ¿les parecerá que yo me muerdo la lengua? No señor; la causa es muy sencilla, mucho... No quiero casar á mi hija con un liberal, y ver á mi yerno en tablillas.

Teod. Usted es muy dueño de su voluntad; pero no de insultarme...

Fab. Soy muy dueño de mi casa, de mi hija, y de no casarla con un hombre... Bien, que yo á usted no lo culpo; los pocos años, esos malditos libros modernos, cuatro charlatanes que le han llenado de viento la cabeza... Pero su padre de usted, con cincuenta años á la cola, mucho mundo, y dos baños de corte;... y maldito si entiende una palabra... ¡Sobre que está abobado con esas reformas! Yo por mi parte, le compadezco; pero no quiero que ni á mi, ni á mi hija nos coja el carro; yo sé lo que pasa por ahi, y siento nacer

la yerba... Si señor; ya les llegará á los liberales su san Martin; y entonces, entonces veremos quien ha sido el tonto... Por fin, ustedes harán lo que gusten; y en llegando el trueno gordo... ¡Bomb! consolarse con las filosofias.

SCENA IV.

Dichos.--Don Meliton.

Fab. ¿No es cierto que tengo razon?

Mel. Yo, la verdad, no he oido lo que usted decia, pero desde luego me atreveré á apoyarlo, confiando en la prudencia de usted...

Teod. Y en su mucha bondad en franquear la sopa..

Fab. No sea usted insolente, señor mio...

Mel. Es menester disculpar á estas cabezas acaloradas... El sufrir las desvergüenzas es propio de la moderacion y sabiduria.

Fab. Muy cierto.

Teod. ¡Oh! el miedo es muy prudente.

Fab. Déxese usted de bachillerias; nosotros vamos á cortar cuentas para siempre; ahora mismo, ahora mismo... ¡Juan! ¡Juan!

SCENA V.

Dichos.--Juan.

Juan. ¿Mande usted? (1)
Teod. Don Meliton (2), usted parece que se ha empeñado en indisponerme con el señor don Fabian, y en estorbar mi union con su amable hija...
Mel. Yo... jamás hablo mal del próximo, ni falto á aquella caridad...
Teod. Usted vé que acabo de cumplir veinte y cinco años, que tengo el genio un poco vivo, que amo con locura... Ya usted me entenderá; y que en un momento de pasion, si me empieza á hervir la sangre, y el diablo las carga... Como, por otra parte, no he de sufrir que impunemente me priven de lo que mas amo, porque usted abuse de la ignorancia y sencillez de su padre, imbuyéndole unas ideas...
Mel. Cada cual tiene las que le acomoda; y ustedes que tanto defienden la libertad de opiniones políticas, no de-

(1) *Fabian lo lleva aparte, y le habla en secreto.*
(2) *Hablándole baxo.*

bian ser tan intolerantes.

Teod. Usted puede tener cuantas preocupaciones le diere gana, y rebatir las opiniones que crea desacertadas; pero si usa de armas prohibidas, y acusa de impiedad y libertinage á quien lo confunde con razones; si sigue ese sistema hipócrita, que tanto va cundiendo entre los suyos; y continúa inquietando á dos amantes, que iban á ser dichosos... Créame usted; olvidaré mi moderacion.

Fab. ¿Qué es eso? (1)

Mel. Nada; una mera disputa de literatura, sobre derivacion de unas voces griegas.

Fab. ¿Estás? (2)

Juan. Voy corriendo.

Fab. Que al instante, que lo estoy esperando... Ahí en la botica inmediata; en el corro de noveleros...

Juan. Ya estoi.

Fab. Que urge mucho, muchísimo.

---

(1) *Volviéndose ácia ellos.*
(2) *A Juan.*

SCENA VI.

Dichos, menos Juan.

Fab. Parece que estaban ustedes un poco acalorados con la disputa.

Mel. Es resabio que nos ha quedado de las aulas: como allí pueden tanto los pulmones!

Fab. ¡Ah, Señor Don Meliton! ¡qué lástima que no ocupe usted una cátedra!

Mel. Usted me confunde (1) con elogios que no merezco.

Fab. Si todos los que van á las universidades, sacaran el fruto que usted! (2)

Mel. Ya se ve...

Fab. Y no, que hai algunos, que están por allá una porcion de años, gastan el caudal á sus padres, y vuelven tan ufanos; sin que nunca se les oiga ni una palabra en latin.

Mel. Cierto.

---

(1) *Pavoneándose.*

(2) *Durante este diálogo está echando miradas malignas á Teodoro, que se muestra enfadado é inquieto.*

Fab. Como es mas fácil leer cuatro libretes en pasta (que el mas grande cabe en un bolsillo de relox) que no echarse al cuerpo las Pandectas con la glosa magna.

Mel. Seguro.

Fab. Tienén la fortuna de dar con padres bobalitones, que se cuelan ruedas de molino, y se contentan con cuatro bachilleriás á la moderna...

Mel. El amor paternal ciega tanto!

Fab. Yo... no me contraigo á nadie... porque cada uno allá se entienda... En echando el cuerpo fuera, y limpiando mi arroyo... salud.

Mel. Seguramente, la murmuracion es un gran defecto...

Teod. No tanto como la hipocresia. (1)

Fab. Pues, hablando asi en general... como iba diciendo, ya no se escriben tantos tomos en folio, como antiguamente... pero los jóvenes cada vez mas hinchados.

Mel. Da lástima el oirlos.

Fab. Empeñados en reformar el mundo.

---

(1) *Con viveza.*

Mel. Desprecian á los que tratan de desengañarlos.

Teod. Señor mio, si tolero las impertinencias del Señor Don Fabian, porque respeto su buen corazon, y compadezco la candidez de que usted abusa; estoi mui lejos de sufrir les malígnas invectivas que usted me dirige. Válgale el hallarse en compañía de un sugeto á quien debo mil consideraciones, y no me exâspere hasta el punto de atropellar todos los respetos. Y usted, Señor Don Fabian, disponga lo que quiera con respecto á su hija; en la firme inteligencia, de que su corazon es todo mio; y que ni la autoridad de usted, ni todos los obstáculos del mundo, bastarán á estorbar nuestro enlace.

SCENA VII.

Don Fabian.--Don Meliton.

Fab. ¡Cómo va el pobre hombre! (1)

Mel. Vea usted lo que son estos libera-

(1) *Riyéndose.*

les; al instante se encienden como una pólvora, y allá va eso... Yo tengo la fortuna de refrenar tanto mi carácter...

Fab. Eso es grandeza de alma.

Mel. Capáz soi de oir dos horas de desverguenzas, sin salir de mi natural mansedumbre.

Fab. Esos liberales son gentes tan levantiscas y mal sufridas.

Mel. Estoi para decir, que son peores que los franceses...

Fab. No, amigo; eso no: ¿cómo los franceses? eso no: nada malo es capaz de igualarlos.

Mel. Tiene usted mil razones; y me ha corregido acertadamente en acordándome yo de que han quitado los beneficios simples!

Fab. Yo olvido todo lo mio, que Dios á nadie le falta... pero lo que han hecho con nuestro buen rei, las atrocidades que cometen en los infelices pueblos....

Mel. Mi renta no era mucha, porque usted sabe que la capellanía estaba tan mal cuidada .. Pero al fin, al fin, para pasarlo un hombre decentemente, sino hubiera sido por esos pícaros...

Fab. Habiéndolos recibido como ami-

gos; y asolar ellos á la pobre España!

Mel. Ni un olivo me habrán d xado.... dice usted bien: todo asolado, todo; me han dexado por puertas....

Fab. Pagar asi la hospitalidad y generosidad española!

Mel. Yo doi á usted mil gracias por las que me dispensa; y cuento siempre con sus favores...

Fab. Yo no hablaba de eso, porque no gusto de repetir las cosas: usted sabe que mientras tenga un pedezo de pan, le partiremos como buenos hermanos.

SCENA VIII.

Dichos--Don Luis.

Luis. ¿Qué le ha dado á usted, para traerme con tanta prisa? ¿Qué tenemos de bueno?

Fab. Nada de bueno; mucho, y mui malo: sú hijo de usted...

Luis. ¿Le ha dado algun accidente? ¿Dónde está?

Fab. Todavia peor.

Luis. Vaya, despáchese usted... ¿Ha tenido algun lance?

Fab. Repeor.

Luis. ¿Me va usted á pegar un tabardillo, don Fabian ó don Diablo? ¿Qué ha sucedido? Vamos...

Fab. Se lo diré á usted en dos palabràs: su hijo de usted es liberal, y no quiero darle á mi hija.

Luis. Acabára ustedde rebentar! ¿Y para eso me manda una embaxada, me hace venir desempedrando calles, y dexar una agradable compañía, en el momento crítico de leer las noticias que ha traido el correo de esta mañana? Usted está tocado de la cabeza; no hai remedio... ¡Para una friolera semejante!

Fab. ¿Con que á usted le parece una friolera?

Luis. Y grandísima.

Fab. Friolera el acabarse la boda!

Luis. Cómo yo no iba á casarme...

Fab. Pues en estos casos...

Luis. El chasco es para los novios.

Fab. Me achicharra usted con esa flema.

Luis. ¿Quiere usted un polvo?... ¿No? Usted, Señor don Meliton...

Mel. Por no despreciar el favor de usted.

Fab. Pues, en verdad, que su hijo de usted ha sentido mucho mi resolucion....

Luis. La muchacha estará hecha una vi-

nagre... esto de llevar palma! Ya se vé; son tan pesadas las palmas!

Fab. Yo he estimado á usted toda mi vida, y le tenia por hombre de mas pulso... pero ya está visto: con esos proyectos de reforma, y los principiotes liberales, se le ha trastornado el cerebro... Eso, dirá usted, que no son cuentas mias; pero, como una prueba de nuestra antigua amistad...

Luis. Gracias.

Fab. En lo que yo debo entender, y mando, ya he tomado mi resolucion; porque veo venir el nublado... y una hija no es cosa que se deba exponer... que al cabo, al cabo, si se vuelven las tornas, no es un grano de anís esto de tener un Sambenito en la familia.

Luis. Aquí el Señor Don Meliton pudiera extenderle á usted una especie de profesion de fé, y en presentándose un novio para la muchacha, sondearlo á fondo, á ver si tiene lo mas mínimo de liberal... No, el proyecto es sencillo y fácil... con cuatro preguntitas estaba acabado el negocio: « Maldice usted de la libertad de imprenta? Sí maldigo. ¿No es mejor ser mandado por un baxá do tres colas, que tener Córtes

y tanta barahunda?"... Así, por este estilo, una docena de preguntillas al alma... ¿No es verdad, Don Meliton?

Mel. Usted lo dice por burla; peró yo lo creo con todo mi corazon.

Lu. Ya se vé; con esta maldita libertad de imprenta, se descubren tantos pastelones!... Porque, así como suena, dura un enredo meses y meses, se cruzan las intriguillas, los empeños; y cuando se creia la cosa mas secreta.... tras! tira el diablo de la manta; y con cuatro letras carcomidas, seis pliegos de mal papel, y un muchacho pelon que eche tinta en los moldes, se le planta una banderilla al lucero del alba. La cosa, por supuesto, que no es graciosa; y no extraño yo que pongan los gritos en el cielo.

Fab. Acá no se venga usted con soflamas; que no nos mamamos el dedo.... Esa libertad de imprenta va á perder á España, y ya está causando miles escándalos...

Mel. Ya leyó usted el otro dia, cómo ponian de tonto á un Lector en artes...

Fab. Bribonazos!

Mel. Esa libertad de imprenta es cosa de hereges; y si no se le cortan los

buelos... pero todo se remediará; si este maldito poniente dexára de soplar, ya que ha concluido usted sus asuntos; y nos pusiéramos en Cádiz en quatro dias...

Luis Buen refuerzo les espera!... Há! há!

Mel. Usted podrá reirse lo que guste; pero yo no dexaré de gritar contra esa diabólica libertad, mientras tenga el alma en mis carnes: eso no! Primero es la conciencia que todos los respetos del mundo; aunque supiera indisponerme con mil personas, y acusar de Jansenistas á media España... ¡Bonito soi yo!

Fab. Bravo! Bravo! Sino fuera por gentes como usted, ¿dónde ibamos á parar?

Mel. Hasta que me oigan los sordos...

Fab. Duro en ellos; y al que le escueza, que tenga paciencia...

Mel. Que rebiente.

Luis. Pero, hombre, ¿y la caridad cristiana?...

Mel. Primero la tendria con los franceses!... Vaya; perdonen ustedes, que no sé lo que me digo: en tocándome á estos puntos...

Luis Pues, serénese usted; y mudemos

de conversacion : otro polvo...

Mel. Gracias.

Luis. Pues, mudando de registro, empecé á decir á ustedes...

Fab. Nada tiene usted que decirnos: la boda se acabó, se acabó...

Luis. Si no voi á hablar nada de boda, ni con mil leguas! Empezé á decir, que quando llegó la embaxada me hallaba oyendo las noticias, que ha traido el correo de Cádiz...

Fab. Estaria usted tan contento, rodeado de liberales...

Luis. Cabalmente.

Fab. Y la gente gorda, que habria entre ellos! (1)

Luis. ¿Me dexará usted proseguir mi cuento? Las noticias no caben mejores: se va restableciendo el órden...

Mel. ¿No lo decia yo? Ese desórden de los liberales no podia durar mucho tiempo: ¿han dado fin de ellos?

Luis. Por el pronto, se ha promulgado la Constitucion, sancionada por las Córtes; ha sido un dia de júbilo, de

---

(1) *Burlándose.*

locura... El pueblo ha empezado á conocer sus verdaderos intereses, y á respetar las leyes que lo van á librar en adelante del látigo de sus opresores.

Fab. El pueblo... ya va... el pueblo!

Luis. Sí, Señor, el pueblo: ¿le parece á usted que es tan ciego, que no vé la verdad, cuando se la muestran? ¿O lo cree tan estúpido, que no sienta los males que ha sufrido, y que no conozca la causa de su infelicidad? Está usted mui equivocado; los que le enseñaban la linterna mágica, y lo tenian á obscuras para que no viera mas que las figurillas que le presentaban, se han llevado un gran chasco, y pueden aprender otro oficio.

Fab. Ya no es menester aprender oficio: (1) con la nueva Constitucion á nadie le faltará que comer.

Luis. Crea usted que no habrá tantos infelices.

Mel. Vaya, vaya!... No será menester ya ni sembrar los campos...

Luis. Por lo ménos, habrá ménos gor-

---

(1) *Con ironía estúpida.*

riones que se coman el trigo... Habia en esta España tal plaga de langosta!... ¿He dicho algo, don Meliton?

Mel. No sé.

Luis. Tanto zángano!!!

Mel. Yo no me meto á averiguar vidas agenas...

Luis. Como salta á la vista, que hay pocos que trabajen!...

Fab. Si, con la nueva Constitucion, vamos á vivir en la isla de Jauja... no hay remedio. Vaya! es cosa que me lleva el diablo el oir á usted y á otros mentecatos, que no parece sino que hasta ahora hemos vivido como brutos... Yo, por lo que me toca, sé decir que cerré mis sesenta años, sin haber oido en mi vida ni la palabra *Constitucion*; y no me ha hecho maldita la falta: he sido un buen padre de familias: he tenido once hijos y un malparto...

Luis. Hombre!

Fab. Y un mal parto de mi pobre Blasa me quitó el completar la docena... Ya se acordará usted: fué poquito sonado!

Luis. No me acuerdo, á fe mia.

Fab. ¿Con que no se acuerda usted, cuando malparió mi muger por aquel

susto tan gracioso? Vea usted, don Meliton, que al ir la pobre á abrir un escaparate viejo, en que guardábamos nuestros cartapacios, vió saltar á una rata, que le estaba royendo la executoria!... Y poquito ruidoso que fué el lance! Hasta el mala lengua del cirujano compuso unas coplillas que cantaban los muchachos por la calle, hasta que un alguacil lo tomó de su cuenta... Decian así... á ver si me acuerdo... así empezaban:

Sin mérito no hay nobleza;
Lo demas es papelon:
¡Pobre nobleza, si pende
De los dientes de un raton!

Y seguian las malditas coplillas por ese estilo, y cada dia cundian mas, que si no se lo digo á mi primo el Familiar, las hubieran plantado de letra de molde.

Luis. Pues de nada de eso me acuerdo; estaría entónces en Madrid.

Mel. ¡Ay, amigo; y qué tiempos aquellos? Aquello era vivir, y lo demas es chanza! Bonita falta nos hacian las constituciones! Yo lo pasaba como un duque, sin acordarme de las capellanías.

Luis. Yo me consentí en ver á usted canónigo... como le veia tan introducido casa de don Cosme...

Mel. En un tris estuvo; pero tuve la desgracia de que en los cinco años que le hice la corte no le cogí un rato de buen humor; y diga usted, que estaba bien informado de mis méritos; porque cada dia le entregaba un papelon impreso; y por otra parte era un buen Señor, y me veia hecho un mártir, haciéndole la partida de mediator á la tia que tenia baldada; que era menester una paciencia de un santo. Yo, aunque salí de Madrid, nunca he dexado de escribirle, porque soy hombre agradecido, y me daba el corazon que siempre habia de hacer figura, y tendria en él un apoyo: y aunque el buen Señor no me ha contestado nunca porque me trata con confianza y no repara en cumplimientos, le he enviado al salir de Aragon dos cartapacios con seis memoriales cada uno, por si se extravia alguno en el correo; y ya le advertia que iba en compañia de usted, y las muchas prendas que le adornan, para que no le cogiera desprevenido nuestra llegada...

Fab. Estimo los buenos oficios de usted.

Luis. Siempre es bueno hallar hecha la cama.

Mel. Hecha!... Ahí es nada! De esta no escapa mi colocacion; que no siempre ha de andar uno á cargo de los amigos...

Fab. Dexese usted de eso... Pero, ¿ qué hora será?...

Mel. Segun mi estómago, son las tres de la tarde.

Luis. Hora y media va adelantado el relox estomacal (1): yo tengo la una y veinte... ¿Será que ayuna usted?...

Mel. Ayunar no.... lo que es ayunar.... pero con tanto quebradero de cabeza, y los pasados estudios, siento siempre una debilidad á estas horas...

Fab. Pues vamos á comer lo que haya. ¿Gusta usted acompañarnos? Lo cortes no quita á lo valiente.

Luis. Gracias por el favor de usted. (2)

---

(1) *Sacando su relox.*

(1) *Don* FABIAN *y don* MELITON *entran en su cuarto; don* LUIS *vá despacio al suyo; y al ir acercándose á él, sale su hijo.*

SCENA IX.

Don Luis--Don Teodoro.

Teod. Padre mio! (1)

Luis. ¿Qué es esto, Teodoro? ¡Qué descompuesto el semblante! Serénate...

Teod. Esperaba con ansia el momento de hablarle á usted para desimpresionarle de las malas ideas que le hayan imbuido contra mi...

Luis. ¡Cuidado muy propio de veinte y cinco años! ¿Con que temias que me llevasen á su bando un hombre bondadoso, pero preocupado, y un taimado egoista? No, hijo mio: conozco el mundo mas que tú; te conozco bien, y te amo como mereces.

Teod. Ya sabrá usted que don Fabian me niega á Carlota, despues de habernos hecho tantas promesas...

Luis. ¿Y bien?

Teod. Carlota, sin embargo, me quiere con la misma constancia...

Luis. Es muy buena muchacha...

---

(2) *Cogiendo la mano á su padre, y besándosela afectuosamente.*

Teod. Ya... pero, si su padre se obstina... y no hubiere otro remedio... aunque sea un paso violento...

Luis. ¿Qué quieres decir con eso?

Teod. Que si usted me ama (1), si aprecia la vida de su hijo, si no quiere hacerme infeliz para siempre... Si, no se debe perder instante; se pide auxîlio á la justicia, la depositan, manifiesta su libre voluntad, nos casamos ..

Luis. Y haces infeliz á un padre... ¿No es eso? Y perdemos un buen amigo, que lo ha sido muchos años de toda la familia; y arraigamos un ódio para siempre, quando habria otros medios suaves de componerlo todo... ¿Parece que te has quedado un poco suspenso? ¿No era buen plan el que me proponias?

Teod. Mi ligereza... el mucho amor que le tengo... desésperanzado de hallar otro partido...

Luis. ¿Y por qué no pones tu suerte en mis manos? ¿Nada fias en la prudencia de un padre, ni en su mucho amor?

---

(1) *Con vehemencia.*

Teod. ¡La quiero tanto! El solo recelo de perderla basta para quitarme el juicio.

Luis. No la perderás; será tu esposa, y yo tendré en mi vejez una hija mas que me consuele.

Teod. ¡Ah padre mio! Es tan obstinado don Fabian!... Está tan preocupado por ese hipócrita!...

Luis. ¿Pues hay mas que desengañarle?

Teod. Es imposible, imposible: no escucha la razon; el temor de faltar á la religion lo hace sordo á todas las reconvenciones; en vano tratará usted de persuadirle.

Luis. Hijo, confia siempre en persuadir con la razon á los que tienen un buen fondo de alma, y solo pecan de entendimiento: un desengaño basta para volverlos de su extravio tan de buena fé como ántes erraron. Solo son incurables hombres, como don Meliton, que defienden las preocupaciones por interes y egoismo. Sin mas patria, mas religion, ni mas moral que su conveniencia propia, tienen siempre en los labios estos sagrados nombres; y aborrecen las reformas, porque se mantienen de abusos. Al contrario, los se-

ducidos por su ignorancia y sencillez, como nuestro buen amigo, quieren siempre lo mejor, aunque tal vez se equivoquen; y en mostrándoles que sirven de instrumento á los malvados, se pasan al bando de la razon y la justicia. Hijo; ven á comer tranquilo; que todo corre de mi cuenta, y serás dichoso.

Teod. Esas palabras de bondad me vuelven la vida.

Luis. Vamos, hijo mio.

ACTO SEGUNDO.



SCENA I.

Don Teodoro.

Teod. ¡Dormir!... ¡dormir!... ¡estando enamorado y con pocas esperanzas! No era posible Teodoro; ni vivirás ya tranquilo, mientras no estés seguro de llamar esposa á tu Carlota... ¿Qué hará en este instante? Quizá ahora mismo su padre la está reprehendiendo, y ella le está jurando no volver á hablarme, olvidar tanto amor... ¡Qué injusto soy! Pero, ¿cuando no se halla inquieto un amante? ¿Qué estará haciendo?... Si pudiera verlo... (1) Allí está... ¡y qué hermosa! parece algo pensativa... Yo me determino á llamarla: seguramente su padre y su incómodo acompañante estarán durmiendo en la alcoba inmediata... nada me detiene (2).

(1) *Acércase á la puerta, y mira por el agujero de la llave.*

(2) *Llama quedito.*

SCENA II.

Don Teodoro.--Doña Carlota, abriendo la puerta.

Carl. ¡Teodoro!

Teod. Sal, amor mio, sal al instante...

Carl. Si despierta mi padre...

Teod. Tanta timidez se aviene mal con el mucho amor: quizá en otro tiempo no hubieras temido tanto la reprehension de tu padre.

Carl. Está tan colérico (1) estos dias... tan irritado contra tí...

Teod. Y por eso su humilde hija cree que no cumple con sus deberes, si no se muestra esquiva con su infeliz amante...

Carl. ¿No me basta sufrir el ceño de mi padre? ¿Quieres tambien afligirme con injustas reconvenciones, en vez de consolarme y de sostener mis esperanzas? Me parece que siento pasos...

Teod. No tengas cuidado: es mi padre.

---

(1) *Saliendo del cuarto.*

SCENA III.

Dichos.--Don Luis.

Luis. Esto es lo que á mi me gusta; ver á los jóvenes tan bien avenidos... Y luego que los padres se rompan la cabeza trazando planes; que riñan muy sérios; que se opongan... ¿Muchachos y con amor? No hay mas que dexarlos.

Teod. Hacia un momanto que nos hallabamos aquí...

Luis. Ya... el calor del cuarto los ha echado á ustedes fuera... ¿No es asi?

Carl. Pues mire usted; hace un calor como si fuera una siesta de agosto...

Luis. Tambien los disgustillos lo habrán hecho mas insufrible; pero no es lo raro que ustedes no hayan dormido; que al cabo son las partes interesadas, se quieren mucho, y están en todo el fuego de la pasion y de la juventud. Pero yo, pobre de mí, que me acosté para sosegar un rato, y no he podido descansar ni un instante, acordándome de dos tristes enamorados... Y diga usted, que ya debia habérseme olvidado lo que son estos cuidadillos de

amor; pero nada de eso: yo parecia el novio, cavilando y dando vueltas; proyecto por acá, proyecto por allá... y todo ¿para qué? bien, que no es una friolera, hacer dichosos á dos amantes, y desengañar á un hombre de bien alucinado.

Teod. ¿Podremos esperar?

Luis. Y muy pronto.

Car. En usted tengo otro padre: me querrá usted como á hija?

Luis. Si, Carlota mia, vivireis felices, y hareis menos penoso el último resto de mi vida. Tu buen padre gozará tambien esta fortuna...

Car. ¡Ay Señor!

Luis. No hay porque supirar, un desengaño bastará para volverlo á la razon, y yo me encargo de la empresa. Me parece, señores enamorados, que hago bien el papel de confidente, por ustedes no duermo, por ustedes salgo con todo el peso del sol...

Teod ¿A qué vá usted, padre mio?

Luis. Esa es mucha curiosidad, un poquito de paciencia, y confianza en mi. Pero ante todo: ¿cuál será el premio de todos mis afanes?

Carl. Gratitud y amor por toda la vida.

Luis. Y me basta: nada mas apetezco.

Teod. ¿Pero podremos saber?...

Luis. Ustedes podrán detenerme; pero quizá se malogre todo.

Teod. Vaya usted con Dios, padre mio (1).

Luis. ¡Qué prisa te das para despedirme!..

Teod. Yo porque tarde usted menos, y vuelva antes...

Luis. Ya te entiendo: á Dios, hijos. Cuidado no sorprehenda el señor don Fabian á los pobres novios; eche su reprehension á la niña, y descargue una nube de piedra sobre el liberal enamorado.

SCENA IV.

Don Teodoro.--Doña Carlota.

Carl. ¡Cuánta bondad!

Teod. Tengo en mi padre al mejor de mis amigos: ¿quién no sacrificaria hasta la vida por un padre semejante? Si alguna vez mi ligereza y mis pocos años

---

(1) *Con suma viveza.*

me extravian, legos de reprehenderme con aspereza, ni de castigarme con el rigor de un tirano; me desengaña, me muestra la razon, me obliga á avergonzarme yo mismo de mis defectos, y á corregirme por mi propio interes. ¡Ah! ¡qué pocos hijos habria malos ni desgraciados, si fueran todos los padres tan prudentes!

Carl. El mio es sumamente bondadoso, y me ama en extremo: ya sabes cuan fel z era en su compañía, admirando siempre su corazon compasivo. Nunca le ví irritado; nunca dexó de darme cuantos gustos apetecia; y por último, me concedió el que mas anhelaba mi corazon, que era ser tu esposa... Solo ese egoista pudiera haber mudado su carácter, hasta el punto de hacer que mire con desconfianza á una porcion de gentes, que se haya entibiado la amistad que profesaba á tu padre, y que se oponga á nuestra union apetecida.

Teod. Constancia, Carlota; que mi corazon leal me está anunciando que van a cesar nuestros disgustos.

Carl. El mio, por el contrario, se halla cada vez mas inquieto; quizá estas tú

mas tranquilo, porque me amas menos.

Teod. ¿Volvemos á los zelillos?

Carl. Cuando se desea con ansia una cosa, parece imposible que se ha de llegar á conseguirla.

Teod. Tengo tanta confianza en mi padre!

Carl. En nadie debe confiar un amante...

Teod. ¿Ni en su querida?

Carl. Ni en su querida, cuando no le tenga el amor que yo á tí.

Teod. Todas dicen lo mismo...

Carl. Pero no dan tantas pruebas.

Teod. ¿Has oido?

Carl. Sí: se han levantado; vete; por Dios... Si nos encuentran juntos...

Teod. A Dios; no me olvides...

Carl. Es inútil tu encargo: vete...

Teod. No me olvides ni un instante...

Carl. Que van á salir...

Teod. A Dios, vida mia. (1)

Carl. Me parece que me lo han de conocer en la cara.

---

(1) *Váse prontamente á su quarto.*

SCENA V.

Doña Carlota.-- Don Fabian.
Don Meliton.

Fab. ¿Qué hacias aquí, Carlota?

Carl. Oí un gran ruido de campanillas, como de coche de colleras, y salí por ver lo que era. . la curiosidad...

Fab. Por curiosear se han perdido mas de quatro niñas.

Carl. Pues bien, no volveré á asomarme aunque se hunda la posada.

Fab. Con que oigas la llave del cuarto inmediato no podrás contenerte. No hai que poner la cabeza de novicia, ni hacerte la mogigata: ¿te parece que no conozco lo enamorada que estás de Teodoro?

Carl. Nunca le hubiera dado entrada en mi corazon, si usted no hubiera consentido y aún aplaudido nuestros amores: si habiendo encontrado en él las mejores prendas, y arraigado nuestro cariño con el continuo trato, quiere usted que le olvide, exîge de mí que sea veleidosa é inconstante; si me manda que finga indiferencia, quando estoi mas enamorada, me precisa á ser

hipócrita y embustera.

Fab. Bravo, Señora doctora! ¿Habrá usted quedado tan hueca con su parrafito de filosofia? No se ha perdido el tiempo al lado del Señor liberal... Esto es lo que yo digo, Señor Don Meliton; hasta á las mugeres ha llegado el contagio de estos malditos tiempos: con cuatro novelas y versillos, ya las tiene usted hechas unas bachilleras, charlando como cotorras, y mandando billetes á sus queridos, que merecen ponerse de estampilla... ¡Ai amigo! ¡Qué tiempos los antiguos! Ninguna escribia dos renglones á su novio, aunque la mataran; porque sus padres habian tenido buen cuidadito de que no supieran tomar la pluma en la mano, ni conocieran el A B C. Pero ahora, ahora!... Ya ha oido usted el párrafo liberal, que me ha espetado esta mocosa, que si hubiera nacido en otra época, estaria haciendo un dechado en la amiga.

Mel. No tiene usted por que enfadarse: esta señorita es muy dócil, y no hará mas que lo que usted le mande. No extraño yo que Carlotita no conozca los poderosos motivos que obligan á

su padre á separarla de ese jóven, preciado de sabio. Las ideas liberales tienen un aparente brillo, que oculta el veneno, y las hace agradables á los incautos, extendiendo su seduccion hasta al bello sexô. Pero los que, por nuestra edad y vastos conocimientos, sabemos quitarles su postizo oropel, y descubrir lo pernicioso de esas doctrinas, que solo contribuyen á favorecer la carne y la sangre, y á convertir en república hasta el imperio del gran Mogol, debemos desengañar á los seducidos, y aconsejar á los padres...

Fab. Yo doi á usted mil gracias por sus buenos consejos; que si no ha sido por ellos, me dexo llevar de mi boberia, doi mi hija á ese atolondrado liberal, y al cabo de una docena de años me encuentro la casa llena de nietezuelos liberalitos, capaces de revolver un mundo. ¡Bonita la hubiéramos hecho! Tú tambien, Carlotita, debes dar las gracias á nuestro sabio amigo, y tener presente lo que acaba de decir magistralmente sobre los malos efectos de las ideas liberales. ¿Lo has entendido bien?

Carl. ¿Yo?...

Fab. ¿Yo? Sí, Señora, usted; que siempre me estás quebrando la cabeza, hablando por los codos; y cuando es menester, te estás callada como una muerta.

Carl. Pero, si yo no entiendo nada de carne ni de sangre, ni de oropeles, ni venenos, ni de ninguna de esas cosas liberales... Yo queria á Teodoro, porque me gustaba, y le hallaba muy comedido en su conversacion, y me parecia muy hombre de bien, y me decia que me queria tanto, y que seriamos tan felices...

Fab. Otra y, otra y, con dos mil diablos!

Carl. Si usted se enfada, mentiré.

Fab. No quiero que mienta usted; sino que sea obediente, como Dios manda.

Mel. Me parece que estariamos mas cómodos, sacando unas sillas...

Fab. Dice usted bien; que en el tal cuartito estamos ahogado ; y aquí respiraremos mas libremente. Pero, no se incomode usted. (1) Ya sabes lo mucho que te quiero (2); y que toda mi

---

(1) *Va Don Meliton por las sillas.*
(2) *A Carlota.*

vida no he trabajado, sino para hacerte feliz. Si quieres darme gusto, y mostrarme tu cariño, trata con el mayor respeto al Señor Don Meliton, y escúchalo como á un oráculo. ¿Estás?... y no, que con ese silencio, esa cabeza baxa, y la carita avinagrada, me estás quemando la sangre. ¡El diantre de estas muchachas parece que estan tambien de revolucion!

Carl. Si no me ocurre nada que decir...

Fab. Valias un Potosí, para entrar en Cartuxa!

Carl. Bien; me esforzaré....

Fab. Cuidadito conmigo, que no soy todo miel; y si llego á enfadarme, habrá fiesta de toros. (1) Ahora pegaba bien (2) un sermoncito, que la tengo mas blanda que un guante, y podemos convertirla de un todo.

Mel. Descuide usted (3)

Fab. Lo que hemos hablado (4) muchas veces: las niñas no quieren creer que

(1) *Saca Don Meliton tres sillas.*
(2) *A Don Meliton en voz baxa.*
(3) *Tambien con voz baxa.*
(4) *Sientánse todos.*

sus padres desean lo mejor para ellas, y saben lo que les conviene: nada de eso; llega un jovencito almidonado, les hace cuatro señajos, dice cuatro secretillos, su suspiro al canto y si es menester una lagrimita, y ya tenemos á las muchachas rabiando por casorio. Se ha puesto el mundo de manera, que es menester morirse.

Mel. No es eso lo peor; sino que creo que hasta las mugeres se van volviendo liberales.

Fab. Pródigas, debia usted decir.

Mel. Y si las mugeres se ponen del bando contrario, no hay remedio; triunfan los liberales, y quedamos frescos.

Fab. Por eso urge mas el desengaño; y no dormirnos sobre las pajas.

Mel. Ya tengo preparada una disèrtacion, con notas en latin, en que pruebo *usque ad evidentiam*, que todos los liberales huelen á azufre; y que la muger que se casa con uno de ellos, aunque tenga un pilon de agua bendita junto á la cama, está expuesta á que una noche se la lleven las bruxas.

Carl. Las bruxas... Há, há! ¿Está usted en su juicio? Eso se dice para asustar muchachos.

Mel. Se conoce, Señorita, que no las ha visto usted, como una tia mia, que murió de noventa y seis años: mil veces se lo oí contar; y que sino hubiera sido porque les descubrieron el nido, y quemaron á seis docenas, hubieran llovido bruxas como mosquitos.

Carl. Todo eso será verdad; pero yo no lo creo.

Fab. Calla, niña; que nosotros no tenemos talento, para meternos en tantas honduras; y cuando el señor don Meliton lo dice...

Mel. Toma, si lo digo! Y lo voy á imprimir en llegando á Cádiz, con cada letra como un panecillo. Y que vengan los liberales á disputárselas conmigo! que á la primera rociada que lleven no les he de dexar hueso sano.

Fab. Mucha falta hace usted por allá; es menester atacarlos de firme.

Mel. Capaz soy segun me siento inflamado, de confundirlos á desvergüenzas.

Fab. Metralla en ellos; y no darles cuartel, hasta que pidan perdon.

Mel. Perdon!... ya voy: hasta verlos fritos.--Por eso me alegro Señorita, de la prudente determinacion de su padre de usted, que le ha libertado de

verse mañana en un apuro. Teodoro parece buen muchacho; que al cabo, yo no soy amigo de hablar mal, ni de quitar la estimacion al próximo. Pero no es todo oro lo que reluce; esos principios á la moderna van corrompiendo insensiblemente el corazon; y podia usted, cuando menos pensase, encontrarse gato por liebre.

Fab. Eso mismo es lo que yo digo. ¿Me darás gusto en todo? Vaya, no hay para que afligirse; tú tienes juicio; y no me darás que sentir. Pero, el plomo de Juan tarda mucho en traer las cartas: ¿en qué se habrá detenido?

Carl. ¿Lo ha mandado usted por ellas?

Fab. En cuanto acabamos de comer.

Mel. Pues, si lo acabo yo de ver tendido, en el banco de adentro, roncando á pierna suelta!

Fab. No hay que encargarle nada; hasta que duerme los dos cuartillos de tinto, es hombre perdido. (1) Juan! Juan! ¿No te has de levantar hasta mañana?

---

(1) *Levántase y se acerca á la puerta.*

SCENA VI.

Dichos -- Juan.

Juan. Me habia quedado un poco vencido del sueño, con el humillo de la comida....

Fab. Con el humazo de las botellas. Al fin, ¿no has hecho lo que te mandé? Y yo, esperando las cartas con mucha paciencia. Esto es lo que sucede en teniendo criados antiguos, y que toman mucha confianza. Lo mando por las cartas, no va; lo envio esta mañana á llamar á Don Luis, y se está por esas calles hasta las tantas, sin acordarse de comida, ni de nada del mundo.

Juan. Vaya, Señor; que no parece sino que me entretuve en la taberna ó en alguna cosa mala! Vea, usted, Señor Don Meliton, que me arrimé al corro de noticias en que estaba Don Luis; que al cabo, á todos nos interesa saber si se matan franceses; y allí se me pasó la hora, oyendo cosas buenas. Decian aquellos Señores que las Córtes habian mandado que á nadie se ahorcase; porque todos somos hijos de Dios, y de carne y hueso, y por ser

pobres no nos habian de colgar, como á perros: y que á ningun infeliz lo pudrieran en la cárcel por frioleras; ni lo descoyuntasen en el potro como hacian antiguamente; y que en adelante, los reyes no harán en España, sino lo que sea justo y regular, conforme Dios manda...

Fab. ¿Acabarás esta tarde? ¿Qué entiendes tú de esas cosas, majadero?

Juan. ¿Y eso qué tiene que entender? Lo bueno se está cayendo de su peso; y lo que á uno le tiene cuenta, no necesita muchas retóricas para entenderlo.

Fab. Anda, vé por las cartas, y vente al instante.

Juan. Si oigo hablar de las Córtes, (1) no vuelvo en dos horas.

SCENA VII.

Dichos, menos Juan.

Mel. Esto es lo que tienen las ideas li-

---

(1) *Yéndose.*

berales: las gentes simples, que no ven las cosas sino por el forro, creen que es lo mejor del mundo lo que á ellas les acomoda. El pueblo es el mismo en todas partes; y si no se le ata corto, se quiere subir á las barbas.

Fab. Ese es el fruto de las filosofias, de las constituciones, y de toda esa barahunda: y en el mundo siempre ha habido pobres y ricos; y ni los dedos de la mano son iguales; y allá van leyes dó quieren reyes...

Mel. No señor, que ya los modernos quieren señalarles hasta lo que deben gastar, que no parece sino que son niños de escuela y necesitan tutores.

Fab. ¡Heregias como las que se oyen en estos tiempos!

Mel. Pues no lo quiere creer la gente; y se burla de los que lo decimos. Porque dixe yo el otro dia en la plaza que el rey es señor de vidas y haciendas, por poco me silvan: ahora la que está de moda es la señora ley: todos deben ser juzgados conforme á la ley: los reyes deben gobernar arreglados á la ley... (Malditas sean las leyes, amen!

Fab. Otro, por si falta: amen: Pero, ¿á

qué volverá el postema de Juan, sin ir á lo que le he enviado? Juan de dos mil santos ¿no vas al correo?

SCENA VIII.

Dichos, Juan.

Juan. Si el cartero ha traido las cartas; para usted no hay mas que esta, que me la ha dado al salir la moza de la posada. (1).

Fab. Si hubieras ido por ellas hace dos horas...

Juan. No hubiera ganado un par de cuartos el pobre cartero. (2)

Fab. Pues no conozco la letra (3): veamos lo que dice:

"Cádiz 31 de marzo de 1812.

Señor don Fabian... y tal.

Muy señor mio: aunque no tengo el honor de haber conocido á usted, lo que me seria de mucha satisfaccion, por las noticias que me ha dado mi ín-

---

(1) *Don Fabian toma la carta y arroja el sobre.*

(2) *Vase.*

(3) *Don Fabian saca los anteojos y lee.*

timo y sabio amigo don Meliton..." (1)

Mel. ¿Qué dicé de mí? Sera algo bueno; lea usted, lea usted...

Fab. (2) "Amigo don Meliton, que me escribió venia en compañia de usted á esta ciudad, y que recomendaba sus pretensiones...

Mel. Está usted ya muy torpe (3) para leer; yo la leeré mas aprisa. ¡Ay, Dios mio! ¡Del señor don Cosme! ¡Qué bueno era aquel caballero! (4) »sus pretensiones, lo he hecho con tal eficacia, conociendo su mucho mérito, que á pesar de lo revuelto de todo, se han servido nombrarle...» (5) ¡Ay, Dios mio!... Sesenta mil de pico!... Y con excelencia!... Excelentísimo Señor!

Fab. Señor don Meliton, ¿qué le ha dado á usted? ¿Ha perdido el juicio?

Mel. No me detengo en nada, aunque no haga viento; ¡por vida del ponien-

---

(1) *Don Meliton se levanta y se arrima á leer.*
(2) *Lee.*
(3) *Arrebatándole la carta.*
(4) *Lee.*
(5) *Al llegar á estas palabras, pasa la vista por lo restante de la carta, y empieza á pasearse enagenado por el teatro, gritando.*

te!... Me voy á Cádiz corriendo... quiero cumplir con mi obligacion.. Mis sesenta mil! .. ¡Mis sesenta mil!...

Fab. Acabe usted de sacarme de cuidado... ¿qué dice la carta?

Mel. Ya las cosas se van arreglando, y se echa mano de los hombres de mérito... Voy á ver la veleta: quizá ha empezado ya el levante; y yo entonces no me detengo por usted, ni por nadie.

Fab. ¿Quiere usted decirme lo que es? (1)

Carl. Parece que al señor don Meliton le ha picado la tarántula...

Mel. Sesenta mil tarántulas son las que me han picado. -- Vaya, oiga usted. (2) »Conociendo su mucho mérito, que á pesar de lo revuelto de todo, se han servido nombrarle individuo del tribunal supremo protector de la libertad de imprenta; con tratamiento de excelencia, y sesenta mil reales de sueldo, por lo apurado de las circunstancias. Lo cual me ha servido de mucho contento, por haber yo dado todos

---

(1) *Deteniéndole.*
(2) *Lee.*

los pasos; y sabiendo por dicho señor que quizá se detendrian ustedes en Alicante, para evacuar asuntos propios, me he tomado la libertad de dirigir á usted estas cuatro letras, deseoso de que llegue cuanto antes, la agradable noticia al señor don Meliton, á quien no las dirijo por ser usted persona mas conocida en todo levante, y con menos peligro de que se extravíe la carta. Con este motivo, me ofrezco á la disposicion de usted, deseoso de que apresuren su viage &c. Cosme Zugarramurdi."

Fab. ¿Y quién es ese caballero tan revesado?

Mel. ¡Con que no oyó usted á don Luis los favores que recibia yo en Madrid de ese caballero, ¡que hacia entonces y está haciendo ahora un gran papel!

Fab. Pues aunque haga mas papel que siete batanes, le digo á usted que es un solemne tonto.

Mel. ¿Tonto?...

Fab. Tonto, ó quizá un grandísimo pícaro. ¡Haber pretendido para usted un destino como ese! ¿Qué concepto le merece usted, que lo quiere ver de protector de la libertad de imprenta?..

La carta de desvergüenzas que le habia yo de enviar!

Mel. ¿Está usted en su juicio?

Fab. ¡Cómo si fuera usted algun liberalillo de tres al cuarto, sin hacerse cargo de que la mucha prudencia y sabiduria que adornan á usted, le hacen aborrecer esa diabólica libertad de imprenta, y cuanto huela á moderno con cien leguas...

Mel. ¡Sesenta mil reales!

Fab. Creeria el muy bobo que iba usted á caer en ese anzuelo... mal conoce la providad de usted...

Mel. De forma es, y de manera::: si el viento mudara... En pocos dias llegaba á ver á ese señor ..

Fab. Para hartarlo de desvergüenzas...

Mel. Para darle mil millones de gracias.

SCENA IX.

Dichos. -- Don Luis.

Luis. Buenas tardes, señores.

Mel. Deme usted un abrazo, que en estos casos todos los disgustillos se acaban, y pelillos á la mar.

Luis. Pero ¿qué hay de bueno?

Mel. ¡Ahi es una frielera! No sabe usted con el hombre que está hablando: lea usted, lea usted (1).

Fab. Estoy aturdido sin entender á usted, ni saber lo que le pasa...

Mel. Pues es muy sencillo; que estoy loco de contento... Carlotita, á usted le apearé el tratamiento, que no quiero engreirme: nosotros señor don Fabian, siempre amigos.

Fab. ¿Con qué usted vá á tomar el empleo?

Mel. A dos manos.--¡Pues no, que seria uno tonto á los cuarenta años!

Luis. (2) No me atrevo á darle á usted la enhorabuena; porque creo que es insultarle: el destino es asombroso para hombres que piensan como yo, y ven en la libertad de imprenta el principal apoyo de toda justa libertad. Pero las opiniones son libres; y una vez que usted la juzga perniciosa y casi herética, no habrá dudado sobre el partido que debe tomar...

Mel. ¡Yo dudar!... Nada de eso.

---

(1) *Dale la carta, y don Luis la lee en silencio.*
(2) *Devolviéndole la carta.*

Luis. Con una simple renuncia del empleo cumple usted con su conciencia, y no se mezcla en cosas que cree opuestas á la hombria de bien...

Mel. La verdad, señor don Luis, yo esta mañana me acaloré un poco hablando de esa libertad; y quizá se me deslizara de la lengua algun disparate: cuando la legítima autoridad dice que es buena, y la permite en España, sus razones tendrá, y no será tan mala como yo creia...

Luis. ¡Declamaba usted tanto contra ella!

Mel. Todo es bueno y malo en este mundo, segun la clase de hombres que anda en ello: si pusieran á proteger esa libertad á cuatro liberales sin seso, seria la ruina de España; pero habiendo nombrado hombres de pulso, pongo la comparacion, (aunque parezca mal que yo lo diga) no hay que temer. Ademas, yo no tengo que meterme á averiguar si es buena ó mala esa libertad: yo debo obedecer á las legítimas potestades, como me manda la ley de Dios; y ya que me han dado ese empleo, sacrificarme por la patria, y trabajar por ella hasta el fin de mi vida.

Luis. Habla usted con mucha prudencia.

Mel. Yo lo de menos era renunciar el empleo, que todos los destinos no traen mas que desazones; pero si renunciara, dirian las malas lenguas que era por estarme ocioso, y hecho un olgazan como hasta ahora. Y por cierto, que no ha sido culpa mia; que yo he puesto todos los medios para trabajar, aunque hubiera sido en una canongia; pero no ha querido la suerte que hasta ahora haya sido útil al estado; en fin, mas vale tarde que nunca.

Luis. Me parece don Fabian, que está usted cabizbaxo y pensativo, sin tomar parte en la patriótica alegría de este caballero... ¿qué tiene usted?

Fab. Nada.

Mel. Ciertamente es extraño; pero no tenga usted cuidado, que en llegando allá, tambien se calzará usted su gran empleo.

Fab. Yo no quiero nada, nada.

Luis. Me parece que el señor don Meliton vá desertando del partido de ustedes: y al fin se ha de pasar al bando de los liberales.

Mel. Yo siempre soy del que manda,

como buen vasallo.

Fab. En verdad que no era usted tan obediente hace algunas horas. Mientras mas amigos mas claros: le confieso á usted que me he llevado un gran chasco: yo creí que usted aborrecia esas reformas y proyectos liberales, porque los creia contrarios á su conciencia; y ahora veo, que con la golosina del destino, le faltan á usted dos dedos no mas para hacer la apologia de la libertad de imprenta.

Luis. ¡Conozca usted lo que puede un empleo!

Fab. Para los hombres de bien no puede nada, si comprometen en ello las opiniones que han manifestado, y aprecian mas su buen concepto que el baxo interes. La verdad, repito á usted don Meliton, que me he llevado un gran chasco, y que creia á usted mas consecuente.

Mel. Yo hago lo que me acomoda, y no tengo que dar cuenta á nadie: sírvale á usted de gobierno.

Fab. Parece que va usted alzando el gallo, y no ha diez minutos parecia una ovejita. Pues yo para nada le necesito, que no pienso imprimir sino es

alguna papeleta de convite ó de entierro.

Mel. Yo soy hombre agradecido, pero no me dexo pisar de nadie.

Luis. Usted es un grandísimo hipócrita, que ha tenido engañado á mi bondadoso amigo, que ahora empieza á conocerlo. Vea usted, don Fabian, por qué especie de hombre iba á romper nuestra antigua amistad, y hacer infelices á dos pobres muchachos. Pero aun es tiempo de remediarlo todo.

Mel. A mi nada me importa; que ya gracias á Dios, no tengo que estar á cara de nadie, y lo pasaré como un príncipe, en tomando posesion de mi empleo.

Luis. Vaya usted á que extienda el título el mancebo de la botica inmediata.

Mel. ¿Qué mancebo?

Luis. El mismo que le ha enviado la buena noticia.

Mel. Hombre... ¿qué dice usted?... Acabe usted de explicarse...

Luis. ¿Con que usted habia (1) creido

---

(1) *Con admiracion y frialdad.*

lo del empleo?

Mel. Pues, ¿no está aquí la carta?...

Luis. Por señas que yo la he notado, valiéndome de lo que dixo usted esta mañana; y el mancebo de la botica me hizo favor de escribirla, haciéndolo tan á mi gusto, que le regalé medio duro. Y le debe usted estar muy agradecido, que yo no le señalaba mas que treinta mil reales de sueldo, y el muchacho fué tan rumboso que le dobló la tara.

Mel. Usted... se chancea...

Luis. Ahí cerca está el mancebo que no me dexará mentir; y la moza de la posada á quien entregué la carta y una peseta para alfileres, con encargo de que dixese Juan que la habia traido el cartero.

Mel. Don Fabian (1), ó don Macho, ¿no vió usted que el sobre no traia ningun sello?

Fab. Si usted no lo vió y le interesaba; ¿me habia yo de parar en esas menudencias?

Mel. Yo... como habia escrito á don Cos-

---

(1) *Recogiendo el sobre de la carta.*

me... y no conocia su letra... y el correo habia llegado esta mañana... Pero, de todos modos, señor don Luis, esto no se hace con ningun hombre blanco: y puede usted ir con sus chanzas pesadas á quien se las sufra: si no mirara que no quiero perderme.... Por vida de!.....

SCENA X.

Dichos.--Don Teodoro.

Teod. ¿Qué voces son estas?

Luis. Nada de cuidado; aquí el señor don Meliton que está á punto de desafiarme...

Teod. Dexe usted que yo lo tranquilice...

Luis. Juicio, Teodoro: cuando los amantes estan delante de sus queridas, no deben tratar mas que de enamorarlas; ahí tienes á tu Carlota; dile algunas ternezas, que el señor don Fabian no está ahora para reparar en pelillos.

Fab. Déxeme usted; que la burla ha sido tambien para mi.

Luis. La burla ha sido para el taimado egoista, que la ha merecido; para us-

ted no es mas que el desengaño.

Fab. Un poco picante...

Luis. Pero muy provechoso.--Ahora empezatá usted á conocer á muchos de los que tratan de extraviar al pueblo, inquietando á las gentes sencillas, y pintándoles como nocivas al Estado y contrarias á la religion las mas saludables reformas; solo porque se oponen á su propio interes.

Fab. Le juro á usted no llevarme otro chasco en mi vida.

Mel. Creo, señor don Fabian, que esta broma que yo he procurado seguir, fingiendo lo mejor posible, no entibiará nuestra amistad...

Fab. ¿Quiere usted insultarme, despues de haberme expuesto á la risa de todos, y á que hiciera infeliz á mi hija? Vaya usted con Dios, y no abuse de mi paciencia; que la culpa me tengo yo, por haber dado oidos á un hipócrita tan perjudicial.

Mel. ¿Ello es, que no hay remedio?

Fab. Ni soñarlo.

Mel. Pues mire usted: ahora mismo voy á dar cuenta á la justicia, de que don Luis es un falseador de cartas, y voy á perder á todos ustedes... Burlarse de

mí! Y si no tengo nada de que acusarlos, los delato á todos por Francmasones.

SCENA XI.

Dichos, menos don Meliton.

Teod. Dexenme ustedes, que yo le haré ir mas de prisa...

Luis. Estate quieto; que harto trabajo tienen esas gentes con ser conocidas. La lástima es, que no siempre hay cartas y empleos fingidos? ni todos son tan dóciles para recibir un desengaño, como lo ha sido nuestro honrado amigo.

Fab. Y desengaño que nunca olvidaré.

Luis. ¿De veras?

Fab. Voy á darle á usted una prueba de mi conversion: Teodoro, abraza á tu Carlota.

Teod. ¿Ves, como han cesado (1) nuestros males?

Carl. ¡Qué placer tan inesperado!

(1) *Abrazándola.*

SCENA XII.

Dichos--Juan.

Juan. Nada mas tengo que saber: Señorita, cuidado con mi regalo de boda.

Carl. Si, Juan; y será tan cumplido, como lo es ahora el contento de mi corazon.

Fab. ¿Y para mi no hay abrazo, Teodoro.

Teod. Con toda mi alma. (1)

Luis. No se acerque usted, don Fabian; mire usted que el muchacho es liberal, y huele á chamusquina.

Fab. No me avergüence usted, ni me recuerde nunca mi anterior necedad.

Carl. Ya llegó el feliz instante (2) de que me llame usted hija mia.

Luis Y con mil amores.-- Pero ahora vamos á dar un paseo antes que anochezca: los muchachos iran hablando de su boda, como es natural; y nosotros aunque no conocemos mucha gente en este pueblo iremos notando en los que

---

(1) *Acercándose.*
(2) *A don Luis.*

pasen algunos don Melitones.

Fab. Creo que no faltarán.

Luis. Usted ya los ha conocido ¡ojalá á todos les suceda otro tanto!